



## LO LIMINAR: IMÁGENES DE LO POSIBLE<sup>1</sup>

Jacopo Zucchi, Lodovico Buti / *Mercurio* / 1572 / óleo sobre tela / 159 x 326 cm / Galería de los Uffizi

Recibido: 18-10-2021  
Aceptado: 19-11-2021

Fania Castillo<sup>2</sup>  
Universidad de Los Andes, Núcleo Táchira, Venezuela  
Grupo de investigación Bordes  
faniacastillo@gmail.com

**Resumen:** Se trata de una reflexión sobre lo liminar, a partir de la imagen del umbral y sus asociaciones, desde la mitología y la psicología profunda. Desde ahí se propone una lectura de los momentos de transición como espacios creativos para la transformación necesaria de la psique.

**Palabras clave:** Liminar; umbral; bordes; psicoterapia; mitología.

### THE LIMINAL: IMAGES OF THE POSSIBLE

**Abstract:** The author presents her reflections about liminality, using the symbol of the threshold and its associations, in the discourses of mythology and depth psychology. Transitional moments are interpreted in this essay as spaces for the surging of creativity, for necessary transformations of the psyche.

**Keyword:** liminality; threshold; borders; psychotherapy; mythology

---

1. Ponencia presentada en el **XII Seminario Bordes: Umbrales: hitos, limbos y encrucijadas**. Celebrado los días 18 al 20 de noviembre del 2021 en la ciudad de San Cristóbal, Táchira- Venezuela. Disponible en: [https://www.youtube.com/watch?v=l\\_KuYe7Yy3Q](https://www.youtube.com/watch?v=l_KuYe7Yy3Q) (Día 1, 18-11-2021).

2. Psicóloga (UCV), Maestría en Literatura Latinoamericana y del Caribe (ULA), Directora de la Fundación Cultural Bordes. ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-8498-0702>

Quizá el elemento que más me resulta pertinente evocar es el agua, que puede moverse entre distintos planos y adoptar formas diversas. El mercurio es un mineral apropiado también, y así llaman al dios Hermes los romanos, una imagen del movimiento constante, una paradoja, porque es un metal pesado, dicen los entendidos, y sin embargo, no se queda quieto. Mercurio/Hermes es símbolo de la comunicación y el mercadeo. Él *lleva y trae*, mensajero de los dioses a los humanos y de la tierra al reino de los muertos (Kerenyi, 1999). Es un dios indigno, leí una vez (López-Pedraza, 2001), y esto no lo olvido nunca, pues la dignidad y el honor han desatado muchas guerras. Me despierta simpatía un dios con sentido del humor y sin mayúsculas.

Claro que también los dioses griegos tienen una dignidad que les ha dado nuestra cultura, un estatus que, si bien, no es el de la reverencia del creyente, se parece bastante.

He buscado imágenes de lo liminar entre los dioses americanos, siempre con un poco de *saudade* de eso desconocido que podría haber sido propio, de *nostalgia de barbarie* (Briceño Guerrero, 1998). Me interesa el mundo wayuu, con su apropiación de los artefactos de Occidente, su pasión por el comercio y su respeto por los sueños. Esa conciencia que tienen de la muerte y sus distintos momentos, su tradición matrilineal, el valor del *palabreo*. En la mayoría de las culturas, el agua es femenina, pero en la Goajira no, allí la lluvia es masculina; imagino que tiene que ver con lo poco que llueve en esa tierra, los chaparrones se viven como acontecimientos. Llegan, penetran, impregnan, se van. Pero la *Pulowi* es femenina, ella está en las cuevas, en espacios intermedios, de conexión con la muerte. Ella puede adoptar formas seductoras para arrastrar hacia el “más allá” o permanecer en movimiento infinito bajo la superficie, como el mar que todo lo contiene, no tiene forma ni figura porque es el fondo, la cuna. Ella es fijeza móvil, inmensa, múltiple (Perrin, 1980). ¡Qué imagen fascinante...!

También encontramos en la cultura wayuu su asociación con el narcotráfico, en esta era; y el tráfico con seres humanos para la esclavitud, en otras. Pero nada de lo humano me es ajeno, sería pueril buscar en estos pueblos la bondad, tanto como la pretensión de una superioridad europea. Y, sin embargo, lo somos: pueriles, virginales y sectarios (López-Pedraza, 2000). Tanto que parece esencial a la naturaleza humana esa tendencia; no podemos saber si lo sea, pues cómo depurar hasta el hueso tantas capas de cultura y herencias milenarias superpuestas.



Mujer Wayuu en Parenstu, Colombia  
Foto: Adriana Loureiro Fernández  
fuente: [www.nationalgeographicla.com](http://www.nationalgeographicla.com)

Bordes, límites, fronteras... ese espacio intermedio, donde las líneas se borran y entrecruzan.

Los linderos y señales. Hitos, portales, encrucijadas.

El umbral, un momento o lugar de pasaje y transformación.

Son las imágenes alrededor de este tema las que nos conectan, acá, a cada uno desde su perspectiva y posición. Siempre es un reto dialogar con otros y pretender sumar a un discurso colectivo. Me gusta, desde la posibilidad de mantener abiertos todos los sentidos y las posibilidades de conexión, encontrarnos y cruzarnos en las afinidades y en el disenso.

También me parece apropiado participar, puesto que es un espacio, ese *in-between*, que transito, actualmente, quizá desde hace mucho, quizá siempre.

Aunque ahora pienso que esos definitivos no tienen cabida en el terreno de los bordes.

Digo terreno y pudiera decir tiempo. ¿Qué es el umbral? ¿Un espacio o un momento? Hay edades fronterizas, eso que llama adolescencia, cuando no somos niños ni adultos. Durante el embarazo se pasa por una transformación, de una a dos personas. Hay períodos de tregua, de armisticio, los paréntesis y suspensiones. Y un tiempo liminar cotidiano: el de la penumbra, el crepúsculo. No es de día ni de noche. En ciertos estados de conciencia crepuscular no estamos dormidos ni despiertos.

¿Y dónde estamos? Flotamos, entre la conciencia y la inconciencia, entre el afuera y nuestro interior.

Si usamos el plano que a muchas culturas les ha servido de símbolo, el árbol cósmico, cuando estamos *in-between* no estamos en los cielos, ni en las raíces, ni en el tronco, que sería el centro, el mundo terrestre.

El tiempo/espacio de lo liminar no tiene una figura definida, cuando nos encontramos en este tránsito podemos parecer estrella, sirena, escudo, caverna, luciérnaga, colibrí, serpenteado ramo de flores, según los juegos de la luz.

Digo parecer y no ser, porque esas figuras son estadios, momentos, posturas... No porque pretenda tildarlas de falsas apariencias. Decir que una imagen es falsa sería como presumir que existe una imagen verdadera, una autenticidad absoluta, detrás de todas esas capas que nos envuelven. No es ese el ánimo desde el cual escribo, hoy, sino el de la incertidumbre y la indeterminación.

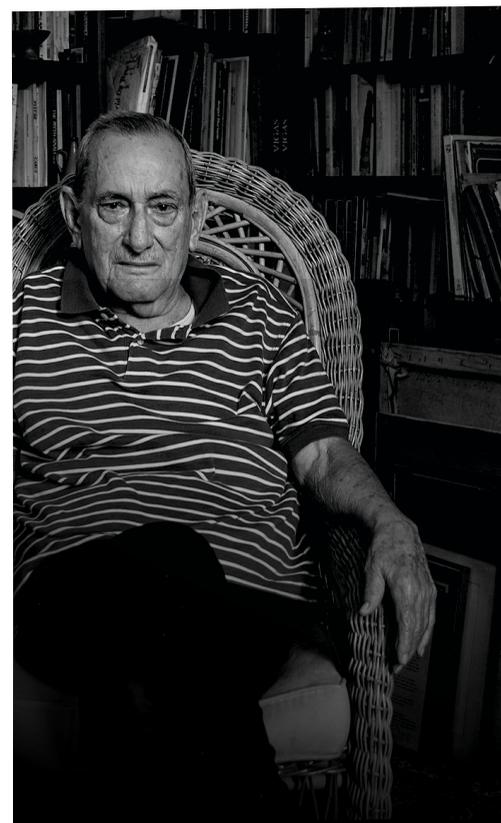
Lo más probable es que la esencia no exista, que estemos hechos de la misma sustancia que los sueños, pero condenados a seguir buscando, arqueólogos incansables, algún rastro de verdad que nos explique lo que somos.

El mismo Freud, tan empeñado durante treinta años en buscar la verdad del sujeto y su monomito, aficionado de la arqueología y la ciencia, terminó diciendo que lo principal en los cuentos sobre nuestras vidas, imaginados y reconstruidos en el encuentro con el otro, es su eficacia, por encima de su exactitud (Freud, 1937). Claro que ya había perdido a unos cuantos discípulos, amigos entrañables, a un hijo, su casa y su salud. No puedo saber cómo lo vivió él, pero me sirve la referencia para tener presente que la enfermedad, el fracaso y la fragilidad son maestros poderosos. No me imagino hablando de indeterminación ni de crepúsculo en momentos de gloria.

El *mid-life* (Stein, 2004) llaman algunos a ese momento en que nos damos cuenta, repentinamente, de lo poco que nos queda de vida, y nos cuestionamos sobre lo transitado hasta entonces. Es un momento liminar, un umbral que podemos transitar con plena conciencia del dolor que genera, sepultando los muertos que haya que llorar, las fantasías no cumplidas, los proyectos inconclusos, aceptando la realidad: este cuerpo animado que somos, el espacio que habitamos y nuestros modos particulares de hacer y de movernos.

Otra lección de Rafael López-Pedraza que no leí, pero sí escuché de su boca y conservo con cuidado hasta hoy: “entre el ser y el estar, escojo el estar”. El ser está asociado a la fijeza de la identidad, está hecho de abstracciones, de signos, emblemas y consignas, de aspiraciones y de títulos. El estar tiene que ver con el espacio concreto y terrenal: se refiere a la ubicación de mi cuerpo, a mi presencia material en este mundo, tan frágil como pesada, porque tiene volumen, con límites definidos, y es perecedera.

En español decimos “soy”: psicóloga, médico, profesor, venezolana, mujer. Los gringos preguntan: *What do you do?* Son más prácticos, siempre. El hacer puede ser transitorio, y se hace para algo, con una función específica. Hacer dinero, generalmente. Yo no he sabido lo que es hacer algo por dinero. En mi cultura (que está cambiando velozmente, mientras escribo esto, desaparece), la profesión define el Ser y el dinero viene después, llegará de algún modo sin buscarlo, lo importante es “Ser alguien en la vida”. Los títulos universitarios son como títulos nobiliarios, otorgan un estatus especial que te vuelve digno de



Rafael López Pedraza  
foto: Vasco Szinetar  
fuente: [www.elnacional.com](http://www.elnacional.com)

vivir bien, pero no eres tú quien cobra por lo que haces, del dinero se ocupan los mercaderes y los mercenarios, o los lacayos, intermediarios. Esto está cambiando gracias a la pérdida, a la pobreza, porque en el delirio de riqueza no se puede sentar uno a sacar cuentas, eso sería de mal gusto. En la caída, al entrar en la desgracia de la pérdida, se desciende y es entonces que adviene el movimiento, o que adviene la posibilidad de moverse. Cuento el dinero, cobra valor inusual un pedazo de trapo con cierto tejido que contiene mis memorias de infancia. Me desplazo, pierdo mi hogar y descubro que puedo hacer otras cosas que no tienen nada que ver con lo que soy, o quién creía ser. Que el Ser no es tan fijo ni tan inmóvil, que se puede hacer muchas cosas y que ninguna me define. O tal vez, abrazo otra identidad para sentirme segura. El *I am* puede referirse al ser o al estar y, probablemente, pasemos del uno al otro sin advertirlo, muchas veces a lo largo de nuestras vidas.

Recuerdo ahora que en alguna de mis vidas anteriores, a veces me decían mis amigas astrológicas que no parecía cáncer, porque no calentaba el hogar. “Pura calle”, decía mi mamá. No me sentía de ninguna parte.

Ahora todos se van, y yo me quedo.

Solía viajar mucho, por carretera. Generalmente en mi propio carro.

Ahora está destartalado, pero antes de pararlo, hace unos años lo usé mucho para llevar y traer gente al aeropuerto.

Luego hasta la frontera, porque desde 2015 no pueden pasar carros hasta Colombia y uno despide a la gente del lado venezolano, justo antes de cruzar el puente, otro umbral que marca el espacio intermedio, entre el aquí y el allá. Antes era por vacaciones, congresos, asuntos de trabajo; ahora no sabemos si volveremos a verlos, las despedidas son más largas y más sentidas. Eso cuando los despedimos, porque a menudo simplemente los dejamos de ver.

Ese asunto de la frontera impregna toda nuestra cotidianidad, somos tierra de paso y también punto de intercambio. Estar ubicada en este hito de la migración, la zona donde hacen escala quienes se van, tiene su magia. Somos encrucijada, un portal hacia la transformación en extranjero, la puerta hacia otra dimensión.

Es algo que nunca me he planteado, la verdad. Digo, lo de irme. Ni en los peores momentos de hiperinflación y escasez. Me lo han preguntado, a veces. Yo misma me lo he preguntado: ¿En qué momento?, ¿cómo me anclé a esta tierra?, ¿de dónde la

seguridad de que este es mi lugar?, ¿cómo sucede eso? La sensación es extraña, porque no podría decir que tengo esa seguridad por un sentido de pertenencia identitaria. No **soy** de aquí. Es el lugar donde **estoy**. Y donde estoy, es donde me muevo y hago mis cosas, las cosas que me importan.

Mi hermano es de naturaleza inquieta, aventurero, explorador. Disfruto sus cuentos, los de mi padre, las aventuras que leo, la miríada de colores, formas y texturas que alcanzo a imaginar. Desde niña he vivido más en la imaginación que en el cuerpo sensorial, y pago el precio, ahora, cuando ese cuerpo está gastado y maltratado, más lento y débil. Pero soy afortunada, porque este cuerpo mío, tan pesado, me ata a la realidad. Sin la fragilidad de mi cuerpo no tendría límites, es el *topos* inevitable (Foucault, 2010), ineludible, que me brinda la consciencia plena de ser naturaleza, tan misteriosa y sagrada como ella, tan despiadada.

Esta naturaleza mía es de cueva mediadora, de oyente, escuchadora, y también hablante, porque mi campo es el de las palabras. No como escritora, aunque escriba, aunque hable y escuche. No sé escribir poesía, ni cuentos, también me cuestan los artículos académicos. Me muevo en el ¿género? de la conversación. Trabajo con el palabreo occidental de la psicoterapia, de la *cura hablada* (Freud, 1937). Hablando y escuchando las variaciones sobre un mismo tema que constituyen el *leitmotiv* de una vida, de un sujeto. Su mito personal, que suele estar en crisis cuando llega a este espacio. El estado de ánimo de entrada en la psicoterapia es liminar. Se tambalean las certezas, hay que enterrar héroes caídos. Y este espacio es otro umbral. El espacio fértil del encuentro entre dos sujetos para la reconstrucción de una historia, para una redefinición ética y estética, principalmente, al menos en el tipo de práctica a la que me dedico. Hay tantas, quizá como sujetos dedicados a ella.

No es un oficio digno. Se puede ejercer desde la impostura de la dignidad, ¡cómo no!, sobran los doctores sabios que pretenden enseñar a vivir. Pero la psicoterapia emprendida desde la simetría, como un encuentro hermético entre dos sujetos que desteejen y entretejen el sentido de historias minúsculas, quitándoles peso, generando movimiento, es un espacio indigno: de chismes, secretos, angustias. Un espacio donde hay cabida para la risa, también. Pero no la risa del sabio ante un pupilo ingenuo, pues esa sería una risa desde el poder y el poder no tiene cabida en lo liminar. La risa de Hermes es una risa cómplice,

pícara, que brinda liviandad a la carga de historias que traen demasiado peso. El humor y la ironía son útiles, muchas veces, para propiciar que se disuelvan efigies de yeso, que nos parecen ¡tan importantes!, pero al final sirven principalmente para obstaculizar nuestro movimiento.

Italo Calvino (1990) y Milán Kundera (1995) han hablado de esta oposición entre lo liviano y lo pesado, y en los estilos muy particulares de cada uno se puede ver la apuesta por la liviandad que les permite el juego irónico con el lenguaje en la novela.

Cuando inicié mi actividad, el deber de representar nuestro tiempo era el imperativo categórico de todo joven escritor. Lleno de buena voluntad, traté de identificarme con la energía despiadada que mueve la historia de nuestro siglo.

Tras cuarenta años de escribir ficción, tras haber explorado distintos caminos y hecho experimentos diversos, propongo que las más de las veces mi labor ha consistido en sustraer peso; he tratado de quitar peso a las figuras humanas, a los cuerpos celestes, a las ciudades; he tratado, sobre todo, de quitar peso a la estructura del relato y del lenguaje. (Calvino, 1990, p. 11)

Esta no es la liviandad de una pluma que se deja llevar por el viento, sino la del pájaro que sorteas las corrientes de aire en su vuelo ágil y determinado. La liviandad lúcida de la inteligencia, en su búsqueda existencial a través de la creación literaria. La ironía es una figura recurrente en la obra de ambos, Calvino inventa ciudades invisibles, caballeros inexistentes, un barón rampante que pasa su vida en las copas de los árboles, negándose rotundamente a aterrizar, a participar de la inaceptable opacidad del mundo. La primera novela de Kundera es sobre una broma que fue tomada muy en serio y en su obra más conocida expresa reflexiones en torno al tema del eterno retorno y el peso de las decisiones por el papel del sujeto en la historia del mundo, versus la levedad de la insignificancia de una vida que es transitoria y fugaz. “La misión es una idiotez. No tengo ninguna misión. Nadie tiene ninguna misión. Y es un gran alivio sentir que eres libre, que no tienes una misión” (Kundera, 1995, p. 322). La levedad permite una libertad de movimiento infinita, en el boceto que vamos trazando a lo largo de nuestra breve existencia.

Aquí no vamos a abogar especialmente por la liviandad ni por la inteligencia, aunque la tentación sea grande. Pues lo liminar no es pesado ni liviano: mientras nos encontremos en el umbral estamos en *flux*, en contradicción absoluta, en estado de incertidumbre suspendida. Y es allí, en este momento y este

espacio, ni completamente físico ni temporal, un momento psíquico, un estado transitorio, donde ocurre la incubación creativa que me permite el movimiento, es decir, la vida.

El movimiento vital no está en los pedestales ni en los tronos, en cargos modestos ni en roles filiales, pero tampoco en los vuelos dirigidos. Sucede en estos espacios de transición, en el conflicto y la duda que propicia las transformaciones a la sombra, en las aguas estancadas más relegadas, en los resquicios más recónditos. Es en los intersticios donde aparece Hermes, o como escojamos llamarlo. Cuando comercian distintos aspectos de la psique e imágenes opuestas se cruzan, en esos espacios de indeterminación, cuando se disuelven los apegos y se cuestionan todas las formas, allí es donde adviene la posibilidad, donde se puede germinar. Quien tiene todas las respuestas no se hace preguntas, no emprende caminos, no traza nuevas formas. La incertidumbre es el umbral de la creación.

## Referencias

- Briceño Guerrero, J.M. (1998). *El laberinto de los tres minotauros*. Caracas: Monte Ávila.
- Calvino, I. (1990). *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid: Siruela.
- Foucault, M. (2010). *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, S. (1937). *Construcciones en el análisis. Obras Completas. Tomo III*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- López-Pedraza, R. (2000). *Ansiedad cultural*. Caracas: Festina Lente.
- López-Pedraza, R. (2001). *Hermes y sus hijos*. Caracas: Festina Lente.
- Kundera, M. (1995). *La insoportable levedad del ser*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Kerenyi, K. (1999). *Imágenes primigenias de la religión griega. Hermes, el conductor de almas*. Madrid: Sexto Piso.
- Perrin, M. (1980). *El camino de los indios muertos*. Caracas: Monte Ávila.
- Stein, M. (2004). *In Midlife*. Portland: Ediciones Chiron.